

JOSÉ ANTONIO SENTÍS CASTAÑO



# *PREGÓN 2011*

*Semana Santa*  
*Medina de Rioseco*

PREGÓN DE  
SEMANA SANTA  
MEDINA DE RIOSECO  
2011

José Antonio Sentís Castaño

© Junta Local de Semana Santa  
© del texto, su autor  
Portada: Virgen de la Soledad.

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L. Juan Mambrilla, 9. Valladolid

Depósito Legal: VA. 288.-2011

# PROCLAMA

*En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir la Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas y Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:*

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de las Cofradías Penitenciales han acordado, ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad que hoy, Sábado de Dolores dieciséis de abril, San Fructuoso y San Baudilio, se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santa María de Mediavilla, a las veinte treinta horas y ante la imagen penitencial de «La Soledad», para que, ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el ILMO. SR. DON JOSÉ ANTONIO SENTÍS CASTAÑO, licenciado en ciencias de la información y ciencias políticas y sociología por la Universidad Complutense. Reconocido periodista en prensa, radio y televisión. Director General del periódico digital «El Imparcial».

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, DON ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE.

Dado en la Cuaresma del décimo primer año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Ítem más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y pedimos oraciones para que Su Santidad el Papa Benedicto XVI, vicario de Cristo en la Tierra, pastoree con singular tino la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia trigésimo sexto del Reinado de JUAN CARLOS I.

ARCHÍVESE EN EL LEGADO  
CORRESPONDIENTE DEL AÑO 2011

FIRMADO Y SIGNADO POR  
EL ESCRIBANO MAYOR



# PRESENTACIÓN

*Con licencia del Rvdo. Sr. Cura Párroco de Santa María y Santiago, don Roberto Pérez Briso-Montiano, en representación del Equipo Sacerdotal de la Parroquia de Santa María y Santiago.*

Estamos en el segundo año en que la SEMANA SANTA de Medina de Rioseco, junto con las de cuatro ciudades castellanas, Zamora, Valladolid, León y Salamanca y otras regiones, formamos parte de un privilegiado grupo considerado, justamente, FIESTA DE INTERÉS TURÍSTICO INTERNACIONAL, distinción de la que nos sentimos orgullosos.

Este es un año especial para la ciudad, ya que, por la iniciativa tomada desde la Fundación «Las Edades del Hombre», en próximos días, a partir del mes de mayo, vamos a poder admirar la Exposición que dicha Fundación ha organizado en la iglesia de Santiago de los Caballeros de nuestra ciudad, conjuntamente con la organizada en la iglesia de Santiago de Medina del Campo, bajo el mismo título: «PASSIO».

¡Que mejor título se ha podido elegir para dar nombre a dicha exposición: «PASSIO»! Palabra que define y destaca claramente la Pasión de Cristo. Pasión recordada y vivida de forma muy especial por las gentes de Medina de Rioseco, a través de nuestras reconocidas procesiones de Semana Santa, signo inequívoco de ser y sentirse riosecano o riosecana.

Sin lugar a dudas, la Semana Santa es la Fiesta Mayor de la ciudad, intensa y profundamente sentida y vivida por todos los riosecanos, con un gran sentido de fe cristiana, sea o no cofrade, siempre fieles a nuestras tradiciones y a la herencia recibida de nuestros predecesores, quienes están presentes en nuestros más íntimos recuerdos.

Al recordarles, cual fieles conservadores de la tradición, nos hacen ser conscientes y responsables de lo que somos y debemos ser en el futuro, sin olvidarnos de la importancia que ello significa para nuestra ciudad, su historia, su cultura y tradiciones, sabedores del rico patrimonio artístico que nos legaron y del que somos «custodios», para que sea transmitido íntegramente a quienes nos sucedan, sabedores de lo que ello supone y la responsabilidad adquirida, tanto hoy como para el futuro, de manera que dicho compromiso sea signo de nuestra identidad ciudadana y reconocido por las generaciones venideras.

Pardal y tapetanes han recorrido calles y plazas de nuestra ciudad convocando a concejo al pueblo llano. Su puntual y reiterada llamada nos recuerda que, un año más, iniciamos nuestra Semana Santa, siendo el prólogo a esos días, el Pregón semanasantero, a pronunciar en esta iglesia parroquial de Santa María de Mediavilla, en el día de hoy.

Atenta y respetuosamente acabamos de oír las singulares notas musicales de «La Lágrima», himno oficial de la Junta de Cofradías y de nuestra Semana Santa. A sus compases, la Vara Mayor acompañada por Varas y Mayordomos de las diecisiete cofradías penitenciales riosecanas, ha traspasado la entrada de este templo para, unidas en sentida hermandad, disponerse a presidir este acto memorable del Pregón de nuestra SEMANA SANTA-2011.

De esta manera sencilla pero solemne, iniciamos una nueva SEMANA SANTA, de Penitencia y Pasión.

Comenzamos la andadura de nuestra SEMANA MAYOR, semana profundamente sentida y vivida por los riosecanos, como expresión de su religiosidad y fe, con la esperanza de que, por intersección de CRISTO, a través de su PASIÓN, MUERTE Y GLORIOSA RESURRECCIÓN, nos llegue la salvación.

Durante meses, las Hermandades y la Junta General de Cofradías, junto con la Parroquia, hemos programado distintas actividades, contando con diversos actos culturales, exposiciones, celebraciones religiosas y procesionales, con el deseo e ilusión de una participación importante en todos ellos, principalmente la de los Cofrades así como de todos aquellos que lo deseen.

Alrededor de la mesa, en nuestras casas o en otros lugares, nos reuniremos las familias, amigos o, simplemente, conocidos, en fraternal ceremonia, como si se tratase de un obligado ritual que se repite año tras año. Momentos de sentida convivencia compartida con nuestros semejantes, en el recuerdo y respeto a la tradición popular legada durante siglos, con fidelidad a lo que ello significa y haga posible conservar tan secular herencia: la Semana Santa.

Medina de Rioseco, se convertirá de nuevo en la recordada Jerusalén, con sus viejas y angostas calles y plazas transformadas en el camino recorrido por Cristo hasta el Calvario. Las viejas rúas serán el escenario inigualable en donde se vibrará y aparecerán los más profundos sentimientos, y las incontenibles emociones de las gentes, al ver discurrir por ellas a nuestros «pasos» en procesión, ordenada, solemne y silenciosamente.

En ese «pasar los pasos», recordaremos los dolorosos acontecimientos sufridos por Cristo y volverán a nuestras mentes los tormentosos momentos

de su Pasión, Muerte y Gloriosa Resurrección, hecho principal y esencial que motiva toda nuestra vida de fe cristiana, mediante el cual nos llega la salvación a la Humanidad.

Un año más, con fe y en silencio, acompañaremos procesionalmente a los «pasos», nuestros «pasos», catecismo viviente y representativo de fe en Cristo, los cuales desfilarán representando distintos momentos de su Pasión, Muerte y Resurrección. Contemplaremos el intenso Dolor de una Madre, la Virgen María, quien, impotente, con dolor incontenible, sufre al contemplar el malévolos resultado de la injusticia humana. Y sufrirá con el trato dado a su Hijo, hasta la llegada de los últimos momentos en los que morirá en la Cruz su Hijo amado, símbolo inequívoco de nuestra fe, al cual debemos respetar y defender en todo momento.

Volveremos a ver las maravillosas esculturas que conforman los distintos conjuntos de una de las más importantes colecciones escultóricas de la imaginería religiosa, que son los «PASOS». Pasos con imágenes a las que veneramos y encomendaremos, solicitando su amparo y protección.

Junto a la torre de Santa María y ante el santo paso de «La Soledad», volveremos a encontrarnos y reunirnos para, en silencio, con respeto y atención, escuchar las esperadas y profundas palabras que a continuación pronunciará el ILMO. SR. DON JOSÉ ANTONIO SENTÍS CASTAÑO, llenas de sentimiento y amor cristiano, en este, nuestro tradicional y prestigiado Pregón de Semana Santa.

DON JOSÉ ANTONIO SENTÍS CASTAÑO, quien llega a Rioseco de la mano de la Fundación Ortega y Gasset–Marañón, es una persona ilustre, que practica varias facetas: Licenciado en Ciencias de la Información, Ciencias Políticas y en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. En la actualidad ocupa el cargo de Director General del periódico digital «El Imparcial» y es colaborador habitual en varias Televisiones de ámbito nacional, labor que comparte con la de comentarista habitual en diferentes periódicos de ámbito nacional o internacional. Ha sido Director General de R.N.E.

En el año 2005, por sus escritos en el periódico La Razón, le fue concedido el Premio Nacional de la Asociación de Escritores y Periodistas Independientes, escritos que sigue plasmando en las páginas de dicho periódico, a los que se puede acceder diariamente, al igual que en otros periódicos de ámbito internacional.

Actuando como interlocutor y mediador el Ilmo. Sr. Presidente de la Fundación Ortega–Marañón, Don José Varela Ortega y Gasset, nos pusimos en



contacto con él para, después de una agradable conversación, de manera cercana, le solicitamos su permiso para ser Pregonero de Semana Santa, lo cual aceptó con agrado e ilusión. Nos invitó a visitarle, razón por la cual nos desplazamos a Madrid, donde cortésmente nos recibió y confirmó la solicitud que le hicimos en su momento.

Previamente, fuimos recibidos en la Sede Social de la Fundación Ortega–Marañón por su presidente, Don José Varela Ortega y Gasset, quien nos acogió amablemente y, actuando como anfitrión, nos presentó al Pregonero, Don José Antonio Sentís.

Después de una agradable conversación y un sincero cambio de impresiones, le informamos sobre lo que es y significa para los riosecanos la Semana Santa, así como la importancia que han adquirido los Pregones desde aquel primero que pronunciara en el año 1958, nuestro recordado Félix Antonio González.

Durante la conversación nos manifestó estar ilusionado por haber sido nominado y responder afirmativamente a la solicitud hecha por la Junta Permanente de Cofradías, consciente de la responsabilidad que supone el aceptar el encargo de ser Pregonero de nuestra Semana Santa.

Nos comentó los años vividos durante su niñez en Villabrágima, lugar al que venía en ocasiones para visitar a un familiar, así como las numerosas visitas a nuestra Ciudad, acompañado por su familia o de sus amigos, lo que le permitió conocerla, en especial, durante las visitas realizadas acompañando al Ilmo. Sr. Don José Varela Ortega, persona esta, que se manifiesta asiduo visitante de Medina de Rioseco, ciudad a la que tiene en gran aprecio y consideración.

Por ello, en nombre propio y en el de la Junta de Cofradías, querido JOSÉ ANTONIO, te reitero nuestra gratitud por aceptar el encargo que te hicimos y, gustosamente, te cedo en el uso de la palabra, a fin de que, por medio de tu verbo, seguro, profundo e ilustrado, nos hagas llegar el mensaje de afecto, convivencia y fe que conmemoramos en estos días tan especiales, el cual nos servirá para acercarnos a Cristo y unirnos a nuestros hermanos, manteniendo la autenticidad y austeridad que nos distingue. Tus palabras nos servirán de preparación para celebrar la Semana Santa, nuestra SEMANA SANTA.

ANDRÉS SAN JOSÉ DE LA FUENTE  
Presidente de la Junta de Semana Santa  
Marzo de 2011

PREGÓN DE SEMANA SANTA  
MEDINA DE RIOSECO - 2011



**El pregonero Don José Antonio Sentís Castaño.**

**D**éjenme, antes de nada, expresarles mi profundo agradecimiento por poder compartir con todos ustedes el arranque de un acontecimiento único en el mundo. La Semana Santa de Medina de Rioseco, por fin ya reconocida como conmemoración de interés internacional.

Decir que para mí es un honor estar hoy aquí, sería quedarse corto. Efectivamente, la Junta de Cofradías me ha honrado inmerecidamente con su llamada. Y también me ha cargado de responsabilidad, tanto por lo que Medina de Rioseco merece de su pregón, como por los extraordinariamente ilustres antecesores en este acto.

No quiero defraudarles. Por eso, les anticipo que éste no va a ser, porque no puede ser, el pregón de un poeta, de un artista. Y, muchísimo menos aún, de una voz ni mínimamente autorizada de la Iglesia, porque ¿cómo podría alguien intentarlo después de escuchar en esta tribuna a una eminencia del catolicismo más profundo, más generoso y más moderno como es monseñor Amigo, riosecano de pro?

Éste sólo puede ser el pregón de un periodista, dedicado durante cuatro décadas a estudiar y describir la sociedad política. Un periodista que jamás podrá narrar como se merecen la belleza de los senderos de esta Tierra ni la profundidad de los caminos de su alma.

Un periodista al que se le pueden escapar entre los dedos los sentimientos que exigen versos, porque chapotea con sus palmas en el lago de la prosa.

Un periodista, sin embargo, que no quiere callarse lo que esta Semana Santa significa, y que agradece poder compartirlo hoy con todos ustedes. Por lo que ha ahormado la historia de Medina de Rioseco, la Historia de Castilla, la Historia de España, la Historia de la Humanidad cristiana. Pero también, y fundamentalmente, por el valor sostenido que tiene esa secuen-

cia de acontecimientos de condensado dramatismo que hace casi dos mil años cambiaron el entero mundo. Por la importancia que tiene su recuerdo, su ejemplo y su vivencia en este preciso momento. En esta exacta coyuntura social.

Un tiempo de crisis, para decirlo pronto y con precisión. Una crisis extremadamente compleja que afecta a muchos ámbitos del ser humano. El económico, claro. También el político, en España y en un mundo en el que crece el conflicto. Pero también en la esfera de los valores. De nuestra sociedad, del entorno próspero que nos rodea, y aún más allá, en otros lugares donde surgen ambiciones emergentes o donde permanecen enquistadas injusticias seculares.

Hace casi dos siglos, las Escrituras nos relataron con angustiosa precisión la cruel muerte de Cristo. Sorprendentemente, dos mil años después se quiere matar la propia idea de Dios.

Hace dos mil años se eligió indultar a un hombre, Barrabás, en lugar de a Cristo. Ahora, curiosamente, algunos pretenden también que sea el Hombre solo, sin más referencia que lo material, el único indultado, mientras se condena el mensaje de la trascendencia que representa la referencia de la Divinidad.

Ésta es la primera escena de este pregón: el indulto de Barrabás.

Indulto del hombre y asesinato de Dios. Es decir, trasposición de Dios al Hombre como fuente y sentido de los valores, como si éstos no necesitaran un origen transgeneracional y universal. Como si bastara que cada generación tuviera los suyos, inventara los próximos y fuera innecesario respetar los que la Historia ha decantado como permanentes.

Un empeño, el de una ética estrictamente humana, que no supondría un gran problema si no fuera por el pequeño detalle de que es una empresa fácilmente manipulable, ya sea por política o por ideología. Y más fácilmente manipulable aún porque no puede evitar la consagración de objetivos que se fijan demasiado en el suelo al ser incapaces de mirar al cielo.

Una ética ésta reinventada que puede hablar de solidaridad, pero realmente adora la posesión y la riqueza. Que puede hablar de ejemplaridad, pero que se pega a las pantallas del televisor para ver cómo se descuartizan personajes del submundo del espectáculo. Que puede hablar de amor, pero se pierde en el laberinto de las relaciones personales o sexuales. Que puede hablar de paz, pero coquetea con la guerra.

Una ética, ésta del hombre sin la idea de Dios, sin más referente que la coyuntura, el minuto. Libertad total, pues, para Barrabás. Castigo para la trascendencia, para la espiritualidad.

Y el Hombre, que se atribuye a sí mismo el éxito de haber nacido por casualidad, es sin embargo el mismo que se quiere hacer dueño de su presente sin más cortapisa que la organización social o política, y, más allá, el que cree que tiene en sus manos el futuro. Un perfecto tránsito del orgullo a la soberbia, podríamos decir.

En realidad, aunque con más de un siglo de retraso, lo que esos profetas del Hombre contemporáneo han hecho ha sido redefinir con bastante simplicidad y torpe traducción al Superhombre de Nietzsche. Un superhombre éste actual sólo capaz, sin embargo, de generar una ética sin trascendencia, un código de valores basado en la contingencia, una moral de consenso y de coyuntura. Una ética de andar por casa.

Su traducción ha sido la frivolidad de los sentimientos, la superficialidad en las relaciones interpersonales, la vanidad en la exposición pública.

Véase nuestra sociedad, la de nuestros hijos. Jamás ninguna ha tenido mayor capacidad de comunicación, y jamás ninguna había tenido tal distancia entre quienes se comunicaban.

Nunca, como ahora, nadie podía presumir de tener tantos amigos... y nadie ha conocido menos a esos amigos que presuntamente tenía.

Las redes sociales han logrado que todos puedan ponerse en contacto con todos, y ello es un gran avance en la comprensión de los demás, en sus formas de vida, en sus culturas. Pero, simultáneamente, estas relaciones se van tejiendo con sutiles barreras. Las barreras que producen la apariencia, la superficialidad, la vanidad, el seguidismo o la imitación.

Hemos progresado de forma enorme, lo que es un gran éxito, pero sin controlar las consecuencias sociales y morales de ese progreso. Porque parte de él es la generación de un mundo virtual. Los hombres han encontrado en los ordenadores, más que el instrumento utilísimo que es, un espacio de simulación de los foros de las plazas públicas, y hasta de las iglesias. Y éstas ya no hacen falta, porque la pantalla se ha convertido en altar, y Facebook, Tuenti o Twitter, en los nuevos confesionarios.

¿Un éxito de este hombre indultado de la necesidad de trascendencia? No lo parece, sin embargo. Porque todo este proceso se ha saturado de angustia.

Les pondré un ejemplo que me contaba mi hijo de 22 años: los jóvenes (aunque no sólo ellos), han decidido exponerse al examen popular. Por lo tanto, desean dar de sí la mejor imagen. Eligen sus mejores fotografías, sus momentos más dichosos, los más envidiables. Pero saben perfectamente que esos momentos, esas imágenes, son excepcionales. Sin embargo, sus interlocutores las ven como absolutos, como si la persona que se muestra o exhibe fuera siempre feliz, siempre guapa. Y esto les llena de insatisfacciones, de frustración, de envidia. Sin saber que ellos mismos, que también exponen su mejor versión en esa misma red, causan exactamente el mismo efecto en aquellos envidiados por su felicidad eterna.

¿Hay mejor forma de describir un proceso de angustia? Y éste, que es y va a ser dominante, es consecuencia directa de esa ética pegada a la tierra de la que les hablaba, de esa elección de la idea del hombre en conflicto con la idea de Dios.

Y pongamos otro ejemplo muy simple: la recomposición de la familia. La pulsión de la vida en el presente, la exaltación de la ausencia de compromiso, nos ha arrollado bajo la bandera propagandística de una libertad de diseño. La que dice que el hombre no tiene que tener ataduras morales, salvo la ética dictada por la tendencia social o política de cada momento.

Porque nos ha dado el señuelo de la supuesta libertad. Y, sin embargo, es difícil encontrar en la Historia otra época como ésta, en la que la persecución del placer cause más sufrimiento. En la que la posibilidad de alcanzar la compañía perfecta no nos lleve a la más perfecta soledad. Porque se supone que todos podemos acceder a todo, sin impedimento alguno. Sean parejas o sean bienes. Y, naturalmente, como esto no es siempre posible, nos desesperamos.

Hemos perdido las referencias, y nuestros modelos son iconos publicitarios irreales, a los que seguimos como quien intenta atrapar sombras con las manos. Y por eso no pedimos a Dios «sálvame», sino que creemos que eso es el nombre de un programa de televisión.

Nuestro modelo es tan perfecto que es inalcanzable. Véanse si no en la realidad aquellos ejemplos que quieren ser universalmente imitados. Siempre jóvenes, siempre bellos, casi siempre ricos. Sombras, en efecto. Que no son de hoy, porque siempre han existido en la sociedad. Pero hoy son más acuciantes, porque estamos en la sociedad de la información y de la comunicación instantánea y generalizada.

Y déjenme que les ponga un ejemplo, con algún humor. Durante años existió un anuncio de un brandy en el que aparecía una mujer rubia y bellísima sobre un espectacular caballo blanco. El anuncio duró más de una década, con el mismo motivo central. Sólo que fueron tres las modelos sucesivas, y tres los caballos blancos. Y nosotros pensamos entonces, y muchos piensan ahora, que esa modelo de permanente juventud, belleza y riqueza es siempre la misma, y nosotros, los pobres desgraciados que ni somos jóvenes ni guapos ni ricos, ni tenemos un eterno caballo blanco.

El segundo paso de este hombre nuevo, adorador y servidor del propio hombre como concepto, ha sido la pretensión de tener bajo su capacidad el control de su entorno, incluso el natural. Los enormes avances de la Ciencia y la Tecnología, tan importantes y beneficiosos para la Humanidad, han despistado a sus propios autores. Y se ha entrado en un espejismo asombroso. Es el Hombre el referente de los fenómenos de la Naturaleza. Es el responsable de los cambios en el clima. Sólo a él puede deberse la destrucción o la supervivencia de la Tierra.

Ese hombre extraordinario, que no se pregunta de dónde viene, porque ésa es una incómoda cuestión, sí cree estar seguro de hacia dónde va. Se sueña como el gran maquinista de la evolución. Como el capitán en el puente de mando que puede decidir en cada momento el rumbo.

Pero también este hombre que todo lo puede, como de aquel joven que con todos puede comunicarse, es presa de su propio mecanismo. Pues si el Hombre, y sólo él, puede dominar los procesos, también será culpable de no hacerlo. Y, por eso, cuanto más superhombre es el hombre, más responsable es de todo cuanto acontece. Desde el Cambio climático hasta la enfermedad. El superhombre se ha transformado en un minihombre, y no se ha dado ni cuenta.

Naturalmente que el hombre tiene responsabilidades. Para el cuidado de sí mismo, de su familia y de su entorno natural. Naturalmente que está obligado a avanzar, tanto en los procesos científicos, como en los sociales. Tanto para buscar vacunas como para aspirar a la defensa de los derechos humanos. Pero el hombre no es Dios, ni puede sentirse soberbio para sustituirlo, ni permanentemente frustrado por no lograrlo.

Y, más aún: los gobiernos de los hombres también se han vestido de una forma de divinidad atea. Y, en su gran mayoría, han decidido trasladar a la sociedad la culpabilidad de ésta ante las imperfecciones (entre otras cosas, para no asumir sus propias responsabilidades como gobernantes). Y también han buscado que sean los hombres los culpables de cuanto les sucede a



sí mismos. Ya sea por conducir a una u otra velocidad, por sufrir colesterol o hipertensión, por alcanzar o no un grado de conocimiento o de éxito. Culpables los hombres, y no los gobiernos, por las crisis que caen del cielo, aunque salen evidentemente de la tierra, o por las guerras en las que nos embarcamos, aunque más bien nos embarcan.

Unos gobernantes, en fin, que han traducido para sí la idea del superhombre para conformar el entorno a su manera. Un proceso que se ha calificado con acierto de ingeniería social. La transformación de los valores sociales de acuerdo con un trabajo de laboratorio. Ingeniería para reinventar los modelos de relaciones personales. Para enaltecer unas, las que ahora se descubren como paradigma de progreso, en lugar de otras, las que han sustentado la civilización durante miles de años. Ingeniería en el descubrimiento de las formas del matrimonio, de las maneras de controlar la vida y de la muerte, la natalidad o la contranatalidad.

Y tampoco aquí el problema es la necesidad del hombre de adecuarse a los tiempos, puesto que las sociedades evolucionan, y eso no es en sí un fracaso, sino todo lo contrario.

El problema es, de nuevo, la soberbia de querer recomponer la sociedad a base de probetas y matraces políticos. De llevar a la práctica visiones iluminadas sobre lo que debería ser, a juicio del poder de turno, y sorprendentemente no es aún, salvo que se imponga por ley. Y esto no tengo que aclararlo mucho, pues todos lo hemos visto en estos últimos años en España, y no sólo en España.

Años estos últimos de acorralamiento de tradiciones religiosas, no tanto por su papel dogmático sino por su enseñanza moral, como si ésta fuera contradictoria con una moral laica. Lo que parece una tontería, pues los principios de caridad, paz, amor, justicia no pueden ser considerados una amenaza por nadie. Y, sin embargo, así se han presentado. Y de ahí esa ofensiva laicista tan digna de mejor empeño. Por innecesaria, antihistórica y envidiosa.

Y han sido éstos, años también de minusvaloración de instituciones sociales, como la familia, como si también ésta fuera enemiga de la libertad.

Ese superhombre indultado como Barrabás se ha transformado en el más frágil de los hombres. Porque ha dejado en la cruz vecina muchos de los compromisos que realmente les caracterizan como humanos. La solidaridad, la caridad, la comprensión, la humildad, la generosidad, la entrega a los demás, el esfuerzo, el sacrificio...

Vayamos con la segunda escena: de la exaltación al crimen.

Si salimos a nuestras calles y vemos a la gente que recibe con las palmas de júbilo a Jesús, aquél cuya prédica relatada por los Evangelios defendió el amor y la justicia, quien separó la contingencia del poder temporal de la trascendencia del espíritu, aquél que enalteció el perdón y la reparación, la compasión y la humildad, pensaríamos que ese mensaje irrefutable, el de las Bienaventuranzas, sólo podría merecer el respeto, cuando no la devoción.

Si a los pocos días nos dicen que ese mensaje se transforma en amenazante para algunos, que las palmas se tornan en insultos, los halagos en latigazos, la montura del asno en el peso de la cruz, nos quedaríamos perplejos. Por la arbitrariedad del poder humano, y por lo mudable del ánimo de los hombres. Por la cobardía de quienes creyeron y después se esconden, y por la belicosidad extrema de la multitud manipulada, ésa masa capaz de sentirse ofendida cuando se lo exigen los privilegios de otros.

La inmensa fractura que media entre el Domingo de Ramos y el Viernes Santo es también una metáfora fundamental del comportamiento humano. La sumisión a la manipulación y a la propaganda, el movimiento borreguil de las masas, la postergación de las convicciones por las modas. Un asunto, por cierto, que no es de hoy, aunque ahora vivamos los momentos de su máxima sofisticación técnica.

De las palmas a los latigazos sólo media la incapacidad del hombre de enarbolar la verdadera libertad frente a la propaganda que se apoya en que una mentira mil veces repetida se transforma en verdad. Así lo aborda el teólogo Ratzinger, aunque también Papa, en su Jesús de Nazaret, al analizar la pregunta de Pilatos narrada por Juan: «¿Qué es la Verdad?». Y concluye que es la alternativa al poder de los más fuertes. Verdad contra propaganda y manipulación. Verdad fracasada hasta la Crucifixión, precisamente por la victoria de los más fuertes basada en la sumisión de la masa. Verdad como única vía para la Justicia.

Pero no sólo leemos ésto, en los angustiosos días de la Semana que median entre la exaltación y el crimen.

También vemos aquí otros elementos que describen de forma tan exacta la naturaleza humana que nos llevan a la conclusión de que, en efecto, ésta exigía y aún exige ser redimida. Y éstos son la avaricia, la corrupción, la pereza, la indiferencia, la sed de poder y la traición.

¿Cuánto vale la renuncia a los principios? El Nuevo Testamento nos dice que treinta monedas de plata. ¿Podemos dormirnos en la defensa de esos principios? Así lo cuenta Lucas de los discípulos en el huerto de Getsemaní.

Podemos, además, ser indiferentes en su defensa, y lavarnos las manos, como hizo Pilatos. O reaccionar contra quien amenaza nuestra posición de dominio, que sería nuestro particular Sanedrín. O podemos desentendernos con la indiferencia de Herodes. Y, por último, ¿está en el hombre la traición a esos principios, a sus convicciones, a sus valores morales, al derecho natural? Por supuesto, tres veces antes de que cante el gallo.

Y no estamos hablando sólo de corrupción de la naturaleza humana. Hablamos también de debilidad. Ésa que hace decir a Jesús, en palabras recogidas por Mateo: Mi alma está triste hasta la muerte. Si es posible, que pase de mí este cáliz.

Vayamos sin embargo a la tercera escena: la esperanza.

Toda la agonía que reflejan los bellísimos rostros esculpidos de las imágenes que vamos a ver en las calles de Medina de Rioseco, la imagen del Cristo flagelado, la de la Dolorosa, la Crucifixión y la lanzada del Longinos, el Descendimiento o la Soledad representan la travesía del hombre. Pero su destino está más allá de este camino. Y no lo resuelve el propio hombre, sino su capacidad de trascendencia.

A los pies de la cruz han quedado el amor (la madre) y la lealtad de sus discípulos más queridos. Han permanecido María, Juan y la Magdalena. Y tras la muerte, la generosidad de José de Arimatea.

Y, después de todo ello, después de la traición, de la debilidad, del sufrimiento, viene la Resurrección. La esperanza.

Un mundo de valores relativos en el espacio dominado sólo por el Hombre termina con un valor por fin absoluto. Un valor de progreso y de civilización, un símbolo de la necesidad de encontrar una salida a la encrucijada en la que se mueven permanentemente los hombres.

¿Cabe salida, por tanto, en estos momentos de desconcierto y crisis? La respuesta está en nuestra fe, en nuestra capacidad para mirar hacia adelante basada en las convicciones firmes que nos sustentan como columnas que no puede derribar el tsunami del relativismo.

Todo esto está en el corazón de la Semana Santa, como la vive Medina de Rioseco. Porque aquí persevera la celebración, porque ésta tiene un sentido profundo, y no folklórico. Radical, porque está en la propia raíz, y no frívolo. Y eso no quiere decir que no quepa la fiesta en ello, porque la Semana Santa no celebra un funeral, sino una redención. Por eso, los riosecanos se implican, participan y viven su Semana Santa a sabiendas de que no es una más, sino única. Un momento donde cabe la participación y el aplauso, donde se unen escenas y músicas, desde el toque del pardal al ritmo de los tapetanes. Donde se exhibe el arte y se encoge el corazón del penitente, pero donde se unen las personas en ceremonia de paz y de legítima alegría. No por el dolor que se conmemora, sino por la salvación que se celebra.

¿Una conmemoración antigua, la de la Semana Santa? Más bien todo lo contrario, como aquí se ha visto, porque esos días resumen todos los tiempos y todas las vidas, incluyendo nuestro tiempo y nuestra vida. ¿Una simple representación histórica? Nada de eso. Más bien una metáfora actual de la naturaleza humana y sus vicios, pero también de su sed de trascendencia y su capacidad de reparación. ¿Un escenario para el arte? Naturalmente, porque procesiones y pasos, tallas e Iglesias, insignias y hábitos son la vía simbólica para traspasar nuestro universo cotidiano y trasladarnos hacia lo permanente y lo esencial. ¿Una celebración? Por supuesto, porque la vivimos en colectividad animados por sentimientos comunes, por fe compartida, por respeto a nuestros antepasados y herencia para nuestros descendientes.

Vivamos, pues, todos esta Semana Santa con el recuerdo de a qué civilización nos debemos, porque una semana como ésta de hace 1989 años la inauguró. Y vivámosla con la convicción sobre las creencias a las que nos asimos, a los valores que merecen la pena. Y aprovechemos estos días, con introspección y recogimiento, o con devoción y respeto, o con participación y fiesta, o con todo esto a la vez, para desmarcarnos de esa crisis estéril que agobia a la España de hoy y a los españoles de hoy. Sea, pues, la Semana Santa de Medina de Rioseco el ejemplo para todos, porque merece el aplauso de todos.



Edita:



Junta Local de Semana Santa

Colaboran:

